

# THE END

Francisco Javier Zudaire Osácar

Todo comenzó cuando el sol asomó por poniente y dibujó unas sombras nunca vistas que despistaron a las aves de corral y las dirigieron hacia los gallineros.

Ocurrió apenas cinco minutos después -y también podría decirse antes-, de abandonar los corrales. Pero eso pasaba en el campo, porque, en la ciudad, el prodigio caótico era todavía mayor. Los relojes señalaban la hora de salir del trabajo cuando nadie había pegado ni chapa, y mientras los empresarios disfrutaban como nunca, al ver a los trabajadores abandonar sus puestos, los operarios caminaban enfadados hacia sus barrios. A medida que el reloj retrasaba, el problema laboral se solucionó y todos regresaron a cumplir un horario que iba hacia atrás.

En los supermercados, los carros salían al encuentro de los clientes con medio euro en su boca, y las cajeras no cobraban la compra. Los yogures caducados iban volviéndose comestibles con las horas, así que regresaron a los expositores. Una cuarentona de la sección de perfumería descumplió un año y se plantó en los 39; lo hizo en medio del desencanto y la envidia de sus compañeras, quienes se expresaron con sinceridad y le desearon que pasara un infeliz día.

El mundo parecía ir al revés. Los guardias municipales repartían dinero entre los conductores que infringían el código, y saltarse un semáforo en rojo se había puesto en seguida por los 100 euros de gratificación y cinco puntos más en el carné. *Muchas gracias*, decían los conductores, y ellos, los agentes, replicaban: *Ni gracias ni nada, bastante les hemos quitado hasta ahora*. Entre tanto, las grúas no daban abasto en su tarea de devolver los coches desde el depósito hasta los domicilios de los propietarios.

En los colegios, los alumnos aprendían la lección de ayer, y algunos repetían examen con la ventaja de los ventajistas, porque ya se sabían preguntas y respuestas. Muchos enfermos recuperaron la salud al regresar al momento anterior a contraer la enfermedad y salieron de los hospitales. Los campos verdes de trigo recién nacido iban tomando un tono marrón a medida que avanzaban, es un decir, los días, y los brotes regresaban a la tierra.

Seguía el boom de la construcción, pero las urbanizaciones se empezaban por el tejado. Los especuladores se metían a cartujos por oleadas, un torero empitonó a un *jandilla* en la feria del buey, y a los inconformistas les daba igual ocho que ochenta. Las autoridades locales y nacionales se reunieron, y al comenzar a hablar, para afrontar el problema, se dieron cuenta de que estaban diciendo cosas coherentes, que no les salía, ni queriendo, su hueca palabrería. Semejante desconcierto les hizo tomar medidas efectivas que tranquilizaron a la población, una vez recuperada de ver que sus políticos sabían hablar con sentido común.





En aquellos días se vieron fenómenos impensables: los pájaros volvían a sus nidos y se tornaban huevos, los ratones perseguían a los gatos, los amos y amas de casa vieron desaparecer el polvo (de los muebles), la justicia era justa, un borrachín recuperó el hígado, ningún cargo, público o privado, robaba; Panamá sólo era un país, los empresarios se empeñaron en aumentar los sueldos tres puntos por encima del IPC, y los sindicatos manifestaron que no, que hasta ahí podíamos llegar. Ya se anunciaban unas medidas de presión de la patronal que consistían en recortar en dos horas la jornada laboral y cuatro años la jubilación. Algunos comités de empresa proponían trabajar a destajo y negarse a cobrar la nómina, para contrarrestar la ofensiva empresarial.

Resultaba curioso ver a los ricos recogiendo cartones y comprobar que cualquier pobre tenía un yate atracado (en el buen sentido) en la Costa Azul. Una locura. Sólo aquéllos a los que la sociedad había tenido por locos mostraban cierta inquietud mental. De hecho, en los centros psiquiátricos, otrora manicomios, los internos no dormían y pasaban la noche en vela. Miraban hacia el ocaso del amanecer -por llamarlo de alguna manera-, y así se tragaban la noche, con la esperanza de no ver otro amanecer del ocaso -por llamarlo de alguna manera-, confiando en que volviera

a salir el sol por el Este y perder así su cordura.

De repente, el fogonazo de una luz cenital se desparramó por la sala del cine en forma de lámpara halógena, al tiempo que en la pantalla aparecía el consabido *The End*. Los espectadores abandonaban el cine, todavía rumiando, para dentro y fuera, la pesadilla en la que habían estado sumidos.

En la calle, los guardias ponían multas, las teles de los bares explicaban el enésimo escándalo de corrupción, una manifestación era disuelta sin contemplaciones, hubo gritos contra los desahucios...

Extrañamente, no había oscurecido. Algunos miraron sus relojes y se desconcertaron: si la película había empezado a las seis en punto, ¿cómo es que ahora eran las cuatro y dos minutos de la tarde?

Al poco, un reloj dio cuatro campanadas.

